

con sus alas. Chauvelin tiene diez años menos que yo, y se me figura que valgo más que él.

— ¡ Oh ! sí, señor ; valéis más que todo el mundo, sois más espiritual que vuestros ministros y más joven que vuestros hijos.

El rey se hinchó al oír aquel cumplimiento, é hizo esfuerzos para merecerlo, á pesar del consejo de Lamariniere.

VII

El monje, el preceptor y el intendente

Á la mañana del día siguiente al en que había permitido el rey á Mr. de Chauvelin que se retirase á sus tierras, la marquesa, mujer de este último, se paseaba en el parque de Grosbois con sus hijos y con el preceptor.

Mujer santa y noble, olvidada, en la sombra de los robles gigantescos, por la corrupción que devoraba á Francia cincuenta años hacía, la marquesa de Chauvelin había conservado para sí, á Dios que la bendecía, á sus hijos que la amaban y á sus vasallos que la veneraban.

Ella daba en cambio, á Dios sus oraciones, á sus hijos su amor, á sus prójimos la caridad.

Acordándose siempre de todo aquello en que se ocupaba su marido, lo seguía con el pensamiento por el teatro tempestuoso de la corte, como la mujer del marino sigue con el alma al pobre navegante perdido entre las brumas y los temporales.

El marqués había amado tiernamente á su mujer. Cor-

tesano después, y cortesano favorecido, jamás había puesto en la partida que juegan los reyes con sus favoritos, y que siempre les ganan, aquella última cantidad, aquella felicidad doméstica, pura y última esperanza que desde lejos le sonreía. El navegante de que hablábamos ahora mismo miraba aquel amor de familia como el náufrago mira el faro, y esperaba calentarse después de la borrasca, en el hogar, siempre ardiente y siempre alegre, de su casa.

En Mr. de Chauvelin era una virtud el no haber obligado jamás á la marquesa á que fuese á vivir en Versailles.

La pobre mujer hubiera obedecido y se hubiera sacrificado.

Pero el marqués sólo una vez le habló del asunto, y apenas conoció en los ojos de su mujer que le sería sensible hacerlo, renunció.

Y no, como algunos bribones iban diciendo por todas partes, porque Mr. de Chauvelin tuviese miedo á los sermones de su mujer : cualquier hombre disoluto, cualquier cortesano que se arrastra á los pies de la concubina ó del monarca, halla en sí mismo bastantes bríos para dominar á su mujer y morigerar á sus hijos.

No : Mr. de Chauvelin había abandonado á la marquesa, dejándola entregada á sus santos pensamientos.

— Gano demasiadas fanegas de tierra en el infierno, decía el marqués ; dejemos, pues, á la buena marquesa que me gane algunas pulgadas de azul de los cielos.

Ya no se le veía en Grosbois : su mujer celebraba una fiesta anual, cuando llegaba el día de San Andrés.

Era regla invariable. Mr. de Chauvelin abrazaba á sus hijos á las dos, comía con ellos, subía en su carroza á las seis, y se hallaba presente en el momento de acostarse el rey.

En cuatro años no había hecho más que esto ; en cua-

tro años había acercado cuatro veces sus labios á la mano de la marquesa. El día primero del año, sus hijos, acompañados de su preceptor, iban á verle á Versalles.

Mr. de Chauvelin confiaba á su mujer el cuidado de educar á sus hijos. El abate V... joven erudito, que aun no habia recibido las órdenes sagradas, pero á quien por cortesía se le llamaba abate, secundaba con celo los esfuerzos de la marquesa, y se dedicaba con alma y vida á los jóvenes abandonados por su padre.

En Grosbois se pasaba agradablemente la vida. La marquesa dividia su tiempo en la administración de sus bienes, confiada á un antiguo administrador llamado Bonbonne; los ejercicios de su austera piedad, cuyas inspiraciones dirigía como hábil director el padre camaldulense Delar; y la educación de sus hijos, que prometian sostener dignamente un apellido ilustre ya por los servicios hechos al Estado.

Algunas veces, una carta que se le escapaba al marqués en sus horas de disgusto, venía á consolar á la familia, y á reanimar en el corazón de la marquesa una ternura que frecuentemente sentia no poder dedicar del todo á Dios.

Mad. de Chauvelin amaba todavía á su marido, y cuando se llevaba rezando todo el día, el padre Delar le hacia observar que no habia hablado á Dios de otra cosa que de su muy amado esposo.

La marquesa habia llegado al extremo de no aguardar ya, de no esperar ya á su marido en la tierra, y se lisonjeaba, pues era buena y piadosa, con la idea de que alcanzaria de Dios el hallar á Mr. de Chauvelin en la mansión de los gozos eternos.

El camaldulense se enfurrñaba con Mr. Bonbonne y Mr. Bonbonne con el abate V... cuando los niños,

sufriendo alguna penitencia, parecia como que deseaban vivir con su padre, aunque apenas lo conocian.

— Es menester confesar, decia el padre á su penitente, que la vida que trae Mr. de Chauvelin hará que se condene.

— Es menester confesar, decia el antiguo administrador, que con el gasto que se hace se arruinará la casa.

— Confesemos, decia el preceptor, que estos niños jamás llegarán á adquirir gloria, porque se hallan faltos de estímulo.

Y la angelical marquesa se sonreía escuchando á todos, respondiendo al monje que Mr. de Chauvelin se arrepentiria á tiempo; al administrador que las economías hechas en Grosbois aliviarian los desmayos de la caja tan desangrada en Paris; y al preceptor que los niños eran de buena sangre y que la buena sangre jamás se desmiente.

Y entretanto crecian en Grosbois los robles seculares y los débiles retoños, sacando unos y otros su savia y su vida del seno fecundo de Dios.

Llegó un día desgraciado: aquel dia las flores del parque, las frutas del huerto, el agua del estanque y las piedras del edificio se marchitaron y se pusieron amargas y sombrías. Era un dia de desorden en la familia. El administrador Bonbonne presentó cuentas espantosas á la marquesa y le predijo la ruina futura de sus hijos, si Mr. de Chauvelin no se apresuraba á poner en orden sus negocios.

— Señora, dijo después de almorzar; permitidme que os hable cuatro palabras.

— Decid, amigo Bonbonne, replicó la marquesa.

— Acordaos, señora, interrumpió el padre Delar, de que os aguardo en la capilla.

— Y yo tendré la honra de recordar á la señora marquesa, dijo el abate V... que hemos señalado para hoy

un examen de matemáticas y gramática, sin lo cual aquellos dos señoritos no querían trabajar.

Los dos señoritos de Chauvelin empezaban á levantarse en contra del latin y de la ciencia, pretextando que su padre se burlaba de que fuesen ó no sabios.

La marquesa, empezó por tomar el brazo del padre Delar.

— Padre mío, le dijo, voy á empezar por vos; mi confesión será corta, gracias á Dios: hela aquí. Ayer estuve muy distraída en el oficio divino.

— ¿Y con qué motivo, hija mía?

— Porque esperaba una carta de Mr. de Chauvelin y no ha llegado.

— Si no tenéis más que decir, os absuelvo, hija mía.

— Nada más, respondió la marquesa con una sonrisa de serafín.

El monje se retiró.

— Á vos toca, ahora, señor abate: el examen sería largo y de mal efecto. Si los niños se quejan es porque no saben sus lecciones: si no las saben, y vos me lo demostráis, me veré en la necesidad de reñirles ó de castigarlos. Ahorradles ese mal rato y á mi ese sentimiento, y dejemos la prueba para el día en que sea satisfactoria para todos.

El señor abate convino en que la señora marquesa tenía razón, y desapareció con el monje, á quien apenas se veía ya en el brumoso fondo de los arcos de follaje.

— Á vos ahora, Bonbonne; vos quedáis solamente. ¿Lograré satisfacer con la misma facilidad á vuestro aspecto ceñudo y á vuestros suspiros profundos?

— Lo dudo mucho.

— Hagamos la prueba.

— Mis cuentas tienen una verdad aterradora.

— Pues aterradme; pero nunca habéis conseguido meter miedo á mi caja particular.

— Este mes tendrá miedo vuestra caja, señora: tendrá aun más que miedo: morirá.

— Según eso, ¿habéis contado también conmigo? replicó la marquesa en tono bromista.

— ¿Si he contado con vos? ¡Ya lo creo! ¡vaya una pregunta!

— Jamás he hablado de ello á nadie, Bonbonne.

— Tanto mejor; pero no tengo necesidad de eso para saber...

— ¿Para saber qué?

— Á cuanto ascienden vuestras economías.

— ¡Os desafío á que me lo digáis! exclamó la marquesa ruborizándose.

— Si es así, voy á decirlo en seguida: tenéis veinticinco mil y quinientos escudos, poco más ó menos.

— ¡Oh, Bonbonne! interrumpió la marquesa como si el administrador hubiera descubierto indiscretamente un secreto doloroso.

— Creo que la señora marquesa no sospechará que yo he tratado de registrar su caja.

— Y entonces... ¿cómo?...

— ¿Cuánto se os pasa anualmente para gastos de la casa? ¿No son diez mil escudos?

— Sí.

— ¿Y cuánto gastáis? ¿no son ocho mil escudos?

— Sí.

— ¿Y no hace diez años que estáis atesorando, supuesto que hace diez años que Mr. de Chauvelin está en la corte?

— Sí.

— Pues bien, señora; con los intereses capitalizados tenéis ó debéis tener veinticinco mil escudos.

— ¡Bonbonne!

— ¡Ya veis que lo he adivinado! Pero si los tenéis, creo que se los daréis á Mr. de Chauvelin en el momento

en que os los pida ; y si se los dais y el marqués se muere de repente, nada les quedará para vuestros hijos.

— ¡ Bonbonne !

— ¡ Hablemos francamente ! Vuestros bienes están comprometidos ; los de Mr. de Chauvelin están hipotecados al pago de setecientas mil libras.

— Pero posee por valor de un millón y seiscientas mil.

— Sea ; pero el resto, sacadas las setecientas mil, no será bastante para pagar á sus demás acreedores.

— Me espantáis.

— Eso quiero.

— ¿ Por qué ? ¿ qué pensáis que debo hacer ?

— Pedir á Mr. de Chauvelin, que tanto gasta, que enajene inmediatamente, en provecho de vuestros hijos, las novecientas mil libras en bienes que le quedan ; pedirle que os las constituya en viudedad ó que os restituya por testamento...

— ¡ Un testamento ! ¡ oh, Dios mío !

— ¡ Buenos están esos escrúpulos ! ¿ Acaso se muere un hombre porque haga testamento ?

— ¡ Hablar de testamento á Mr. de Chauvelin !...

— ¡ Eso es ! tener miedo de turbar al señor marqués en su alegría, en sus digestiones, y en su favoritismo, y por ese miedo no pronunciar la palabra *porvenir*, palabra que en los días dichosos suena lo mismo que la palabra *muerte*. Pues bien : seguid con ese miedo y por no incomodar los oídos de Mr. de Chauvelin, arruinad á vuestros hijos.

— ¡ Bonbonne !

— Soy una cifra aritmética hablando : leed mis cuentas.

— Esto es horroroso.

— Mas lo sería el esperar á que os suceda lo que os anuncio. Representad el papel de consejera prudente : subid á la carroza y corred á casa del señor marqués.

— ¿ En París ?

— No : en Versalles.

— ¡ Yo ! ¿ ir á la sociedad que mi marido frecuenta ? ¡ jamás !

— Pues escribidle una carta.

— ¿ Y creéis que la leerá ? ¡ Ay de mí ! cuando le escribo para darle alguna enhorabuena ó para desearle felicidades, no lee mis cartas : ¿ qué será si tomo la pluma para hablarle de negocios ?

— Entonces, mejor será que lo haga algún amigo : por ejemplo, ¡ yo !

— ¿ Vos ?

— ¡ Oh ! ¿ queréis decir que no me hará caso ? ya veréis, señora, ya veréis cómo me lo hace.

— Le pondréis malo, Bonbonne.

— Su médico le curará.

— Haréis que se esfurezca y lo matará el furor.

— No ; tengo mucho interés en que viva. Si yo lo matara, sería después de haberle hecho escribir un testamento.

Y aquel hombre honrado se rió con tan fuertes carcajadas, que la marquesa las oyó con disgusto y murmuró :

— Bonbonne, si habláis así, yo seré quien muera.

Bonbonne le tomó respetuosamente la mano. Perdonad, le dijo ; me he excedido, señora marquesa ; mandad que enganchen el carruaje ; parto para Versalles.

— ¡ Ah ! ¡ alabado sea Dios ! os llevaréis mi registro... y... ¡ calla !

— ¿ Qué es eso ?

— ¿ Si habrán sido comprendidos mis deseos ?

— ¿ Cómo ?

— ¿ No habéis hablado de mi carroza ?

— Sí.

— Vedla en el camino de Mail.

— ¡ Ah !

— ¡ Librea de la casa !

- Son los caballos tordos del señor marqués.
 — ¡ Señora ! ¡ señora ! gritó el abate V...
 — ¡ Señora ! ¡ señora ! gritó el padre Delar.
 — ¡ Señora ! ¡ señora ! gritaron veinte voces en los patios, los corredores y el jardín.
 — ¡ Mamá ! ¡ mamá ! gritaron los niños.
 — ¡ El señor marqués ! ¡ oh ! pero ¿ será verdad ? murmuró la marquesa : ¡ él en Grosbois, en este día !
 — Buenos días, señora, dijo desde lejos el marqués, cuya carroza acababa de hacer alto, y de la que bajaba alegremente con movimientos precipitados.
 — El mismo, sano de cuerpo y alegre de espíritu : ¡ gracias, Dios mío !
 — ¡ Gracias, Dios mío ! repitieron las veinte voces que habían anunciado la llegada del amo y del padre.

VIII

Juramento de Jugador

Era efectivamente el marqués: abrazó tiernamente á los dos niños, que habían lanzado un grito de alegría al verlo, y estampó en la mano de la marquesa estupefacta un beso que salía de su corazón.

— ¡ Sois vos, señor ! vos, dijo ella apoderándose de su brazo.

— ¡ Yo soy ! Pero estos niños estaban jugando ó trabajando, y no quiero interrumpir su estudio, y menos aun sus juegos.

— ¡ Ah ! señor, ya que tan corto es el tiempo que tienen para veros, dejadles disfrutar por completo de la alegría que les causa vuestra presencia.

- Gracias á Dios, señora, ahora tienen tiempo largo para verme.
 — ¿ Mucho tiempo ? hasta mañana á la noche, ¿ no es verdad ? ¿ hasta mañana á la noche ?
 — Algo más, señora.
 — ¿ Pasaréis dos noches en Grosbois ?
 — Dos, cuatro, siempre.
 — ¡ Ah ! señor ; ¿ pues qué ha sucedido ? exclamó vivamente la marquesa, sin reparar en que semejante sorpresa podía parecer á Mr. de Chauvelin una acusación de su pasada conducta.
 El marqués frunció las cejas ; pero en seguida preguntó riéndose :
 — ¡ Pues qué ! ¿ no habéis dirigido á Dios algunas oraciones para que me vuelva al seno de mi familia ?
 — ¡ Oh ! señor, siempre lo estoy pidiendo.
 — Pues bien, señora : Dios ha escuchado vuestros votos, porque me ha parecido como que una voz misteriosa me llamaba, y he obedecido las órdenes de esa voz.
 — ¿ Y os separáis de la corte ?
 — Vengo á instalarme en Grosbois, interrumpió el marqués ahogando un suspiro.
 — Estos niños tan queridos, yo, todos los vasallos, ¡ oh ! qué felicidad para todos ! ¡ Ah ! permitidme creer en ella ; ¡ dejadme gozar de tanta dicha !
 — Señora, la satisfacción que experimentáis es un bálsamo que cura todas mis heridas. Pero, decidme, ¿ queréis que hablemos un poco sobre el estado de vuestra casa ?
 — Hablemos, hablemos, dijo la marquesa apretándole las manos.
 — Me parece haber visto muy malos caballos allá abajo, en la media luna ; ¿ son vuestros ?
 — ¡ Son los míos, señor !
 — ¡ Son ya muy viejos !

— Son los caballos que me disteis cuando nació vuestro hijo.

— Tenían entonces cuatro años y medio, y hace ya de esto nueve años, conque deben de tener cerca de catorce: ¡cáspita! son muy miserables esos tiros para vos, marquesa.

— Ah, señor; pues cuando voy á misa, todavía hallan modo de correr.

— Me parece que son tres los que he visto.

— El cuarto, que es el más vivo, se lo he dado á mi hijo para que aprenda á montar.

— ¿Aprender mi hijo en un caballo de tiro? ¡marquesa, marquesa, qué jinete vais á sacar!

La marquesa bajó los ojos.

— Y además, ya no andáis con cuatro caballos: ¡tenéis ocho, según creo, y dos de montar!

— Si, señor; pero como desde que os fuisteis no hay casa ni paseos ostentosos, he reflexionado que el tener cuatro caballos, dos palafreneros y una sillería de menos podía proporcionarme una economía lo menos de seis mil libras al año.

— Marquesa, seis mil libras, murmuró con descontento Mr. de Chauvelin.

— Es el alimento y sostén de doce familias, replicó ella.

Él le tomó la mano.

— ¡Siempre tan buena y tan justa! Lo que hacéis en la tierra os lo inspira siempre Dios desde el cielo. Pero la marquesa de Chauvelin no debe de economizar.

La marquesa levantó la cabeza.

— Querréis decir quizás, añadió él, que gasto mucho: en efecto, gasto mucho dinero y vos no lo tenéis.

— No digo eso, caballero.

— Marquesa, aun cuando no lo digáis, ello es verdad. Siendo como sois, noble y generosa, tan sólo por nece-

sidad es como habréis despedido á esa gente; pues un palafrenero despedido es un pobre más en el mundo. Sin duda os falta dinero; ya hablaré de eso á Bonbonne y no os faltará en adelante: lo que yo gastaba en la corte lo gastaré en Grosbois, y en lugar de sostener á doce familias, sostendréis á doscientas.

— Señor.....

— Y, gracias á Dios, espero que nos quede grano bastante para alimentar doce caballos buenos que tengo, y que vendrán mañana á ocupar vuestras caballerizas. ¿No me hablasteis el año pasado de hacer algunas obras en el castillo?

— Las habitaciones destinadas á visitas, sería preciso amueblarlas de nuevo.

— Esta semana vendrán todos mis muebles de París. Daré dos comidas de convite á la semana. Haremos algunas cacerías...

— Ya sabéis, señor, que no miro sin algún miedo á la sociedad; dijo la marquesa espantada á la idea de ver á los ruidosos amigos de Versalles que ella consideraba como los pecados capitales de su marido.

— Vos misma haréis las esquelas, marquesa. Ahora Bonbonne os dará los libros, y haréis el favor de reunir en una sola cuenta los gastos de París y los de Grosbois.

La marquesa, loca de alegría, quería responder, y no hallaba palabras con que hacerlo. Tomaba las manos de Mr. de Chauvelin, las besaba, le miraba con ojos enternecidos, como tratando de sondear el fondo de su alma, y dejaba que le aletargase la calorosa atmósfera del amor puro que penetra en todo cuanto toca, y que lleva la vida y bienestar hasta las más frías extremidades.

— Pensemos en los niños: ¿qué tal los gobernáis?

— Muy bien; el abate es hombre de talento y tiene ideas profundas: ¿queréis que os lo presente?

— Presentadme á todos los de casa; si, marquesa.

La marquesa hizo una señal, y se vió venir por la sombra alameda, en la que estaba acompañando á los niños, al joven preceptor, cada una de cuyas manos descansaba en el hombro de uno de sus discípulos.

Había en el paso y en el suave movimiento de aquel roble nuevo, colocado entre dos rosales, cierta expresión de ternura paternal que agradó mucho al marqués.

— Señor abate, le dijo la marquesa, voy á daros una buena noticia; el marqués, nuestro señor, viene á fijar su residencia entre nosotros.

— ¡Alabado sea Dios! respondió el abate; pero, ¡ay! caballero, ¿ha muerto quizás el rey?

— No, gracias al cielo; pero me he despedido de la corte y del mundo. Me quedo aquí con mis hijos. Estoy ya fastidiado de vivir por el talento y por la ambición; quiero vivir ahora por el corazón y por el alma: aquí me tenéis, pues, y para empezar, señor abate, decidme: ¿estáis contento con vuestros discípulos?

— Lo estoy en cuanto es posible, señor marqués.

— Tanto mejor. Haced que sean tan buenos cristianos como su madre, tan honrados como su abuelo, y.....

— Y que tengan tanta disposición, mérito y talento como su padre, dijo el abate: esperó conseguirlo.

— Pues si llegáis á lograrlo, valdréis mucho, señor abate. Y tú, mi buen Bonbonne, ¿eres tan gruñón como siempre? Cuando yo tenía la edad de esos muchachos querías que ya pudiera entender de negocios: ojalá hubiera seguido tus consejos, y no tendría ahora tanta necesidad de tus conocimientos.

Los niños se habían puesto á bailar sobre la hierba, con toda la alegre indiferencia de su edad; su padre los contempló con ojos enternecidos y murmuró después de un instante de silencio:

— ¡Hijos queridos! ya no me apartaré más de vuestro lado.

— Ojalá fuese verdad, señor marqués, replicó á sus espaldas una voz grave y sonora.

Mr. de Chauvelin se volvió, y se encontró enfrente de un monje de hábitos blancos, y de rostro severo y tranquilo, que le saludó como saludan los religiosos.

¿Quién es este santo padre? preguntó el marqués á la marquesa.

— Mi confesor, el padre Delar.

— ¡Ah! vuestro confesor, repitió poniéndose algo pálido: y luego añadió en voz baja: Tengo necesidad, en efecto, de un confesor y el señor hace bien en llegar.

El monje, hombre diestro y acostumbrado á los usos de los grandes, no trató de responder á esta frase, pero la reservó en la memoria. Enterado con algunos días de anticipación por el administrador, resolvió encargarse del negocio y no dejar escapar una ocasión tan propicia de mirar por las cosas de Dios, las de la marquesa y quizás también por las suyas.

— ¿Será atrevimiento en mí el pedir noticias del rey, señor marqués? preguntó el monje.

— ¿Por qué lo preguntáis, padre mío?

— Porque se ha esparcido el rumor de que Luis XV irá muy pronto á dar cuenta á Dios de su reinado, y generalmente, estos rumores son los precursores de la Providencia. S. M. no vivirá mucho tiempo; creedlo.

— ¿Lo creéis así, padre mío? preguntó cada vez más triste Mr. de Chauvelin.

— Sería pues de desear, que se contuviese en sus escándalos, que hiciese penitencia.....

— Señor, replicó vivamente Mr. de Chauvelin, los confesores deben esperar á que los manden llamar.

— La muerte no da esperas, caballero, y yo hago

tiempo que estoy esperando una palabra vuestra y nunca viene.

— ¡Yo ! ¡ oh ! mi confesión sería muy larga ; pero aun no está madura.

— La confesión está toda entera en el arrepentimiento, en el sentimiento de haber pecado, y el mayor de los pecados, os lo acabo de decir, es el escándalo.

— ¡ Oh ! ¡ el escándalo ! todo el mundo se presta al escándalo. Nadie hay que no dé lugar á la maledicencia. El cielo no piensa en castigarnos por los pecados ajenos.

— El cielo castiga á los que desobedecen sus leyes ; el cielo castiga la impenitencia ; nos envía avisos, y si los despreciamos, nada hay que pueda salvarnos.

Mr. de Chauvelin enmudeció y se puso á reflexionar. La marquesa viendo ya empeñada la conversación, se retiró discretamente, rogando á Dios con toda su alma que aquel diálogo produjese sus frutos. Después de un rato de silencio, durante el cual estuvo observando el monje á Mr. de Chauvelin, éste se volvió repentinamente hacia él y le dijo :

— Mirad, padre mío, tenéis razón ; me arrepiento de haber sido mucho tiempo joven y quiero confesarme con vos ; porque lo conozco, lo conozco, la muerte se acerca.

— ¡ La muerte ! creéis que se acerca la muerte, y no tomáis ninguna disposición acerca de vuestra alma y de vuestros bienes. Teméis morir, y no pensáis en la posición en que habéis dejado á vuestros herederos. Perdón, señor marqués ; mi celo y el afecto que tengo á vuestra ilustre casa me llevan quizás demasiado lejos.

— No, no ; padre mío, tenéis razón : sin embargo, ese testamento está ya hecho ; sólo me falta firmarlo.

— Teméis morir, y no estáis en estado de aparecer ante Dios.

— ¡ Ojalá tenga misericordia de mi ! He nacido en la religión cristiana y quiero morir como cristiano. Venid mañana, os lo suplico, y continuaremos esta conversación que volverá el reposo á mi alma.

— ¿ Mañana ? ¿ y por qué mañana ? La muerte ni retrocede ni se detiene.

— Tengo necesidad de recogerme. No puedo olvidar tan pronto la vida que he tenido ; quizás siento haberla perdido : gracias por vuestros consejos, padre mío ; ellos producirán sus frutos.

— ¡ Dios lo quiera ! Pero ya conocéis el axioma del sabio : Nunca dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

— Ya os debo de estar reconocido, porque estaba humillado y me habéis sacado de mi postración : no se puede hacer todo en un día, padre mío.

— ¡ Oh ! señor marqués, replicó el monje inclinándose ; basta con un minuto para convertirse el culpable en penitente, el condenado en elegido, y si quisierais.....

— Está bien ; está bien, padre ; mañana. Oid ; la campana llama á comer.

Y con un gesto lo despidió y se metió por una calle de álamos. El preceptor se acercó al padre Delar.

— ¿ Que tiene, pues, el señor marqués ? Se ha puesto desconocido : está ansioso, sombrío, trastornado, él que generalmente está tan alegre.

— Tiene el presentimiento de su próximo fin y piensa en enmendarse : es una conversión magnífica y que hará mucho honor á mi convento. ¡ Oh ! si el rey.....

— ¡ Ah ! ah ! el apetito viene comiendo, según parece : temo, sin embargo, que bajo este punto sean inútiles vuestros deseos : es muy difícil persuadir á S. M., y además tiene sus convertidores entre los que el obispo de Senz es, según se dice, un rudo campeón.

— ¡ Oh ! el rey no es tan incrédulo como pensáis, y

sino, acordaos de la enfermedad de Metz y del destierro de Mad. de Châteauroux.

— Si; pero entonces Luis XV era joven, y no se trataba de expulsar á Juana Vaubernier, las cuales son dos consideraciones que cambian de aspecto el asunto. En fin, tiempo tenéis de pensar en ello, mi querido Mr. Delar: entretanto, como han llamado á comer, es preciso que no se haga esperar al señor marqués. Gracias á Dios, no come tan frecuentemente con nosotros.

Cuando entraron en el comedor el padre Delar y el abate V... estaban ya sentados á la mesa el padre, la madre y los hijos. Jamás había estado tan alegre la marquesa; jamás había estado tan solícita y cuidadosa en el servicio de la comida.

El cocinero se había excedido á sí mismo. Los hermosos pescados de los viveros, las finas aves de jaula, los más sabrosos frutos del invernáculo y de las parras, recordaron al marqués cuán buena era aquella casa cuando se trataba de festejar á su querido amo.

Los criados, orgullosos con el ilustre servicio que volvían á emprender, se cuadraban, adornados con sus más nuevas libreas, y espían en los ojos de su señor el más mínimo deseo para satisfacerlo en seguida, y el más pequeño disgusto para impedirlo al momento.

Pero el marqués perdió muy pronto el gran apetito que había mostrado desde su llegada; la mesa le parecía desierta, y aquel silencio, lleno de respeto y de alegría, se presentaba en su imaginación como un silencio profundamente triste: poco á poco fué invadiendo su corazón y su rostro esta misma tristeza: dejó caer sus manos inertes junto al plato, lleno todavía, y se olvidó del vaso, en que brillaba como un puñado de diamantes el vino de Ai y como un tesoro de rubíes el vino de Borgoña que tenía ya treinta años.

El marqués pasó luego de la tristeza al abatimiento, y

todos los circunstantes observaban y seguían con espanto los dolorosos progresos de sus ideas.

Una lágrima saltó repentinamente de sus ojos, y arrancó á la marquesa un suspiro que no llegó á sus oídos.

— Ya lo tengo pensado, dijo de repente á su mujer: quiero que me entierren, no en Boissy-Saint-Léger, como á mis padres, sino en la iglesia de los carmelitas de la plaza de Maubert, donde están mis antepasados.

— ¿Y á qué viene ahora esa reflexión, señor? Me parece que tenemos tiempo para pensar en eso, dijo la marquesa ahogándose de dolor.

— ¿Quién sabe? Que llamen á Bonbonne y le digan que me espere en mi gabinete: quiero trabajar una hora con él. El padre Delar me ha convencido de que es necesario. Tenéis en él un excelente confesor, señora.

— Me alegro mucho de que así lo creáis, señor; podéis dirigiros á él con toda confianza.

— Lo haré desde mañana; ahora permitidme, señora, que suba á mi cuarto.

La marquesa alzó los ojos al cielo y le dió gracias en una oración mental; siguió con la vista á su marido cuando salió con Bonbonne, y volviéndose hacia sus hijos, les dijo:

— Esta noche, hijos míos, pedid á Dios que inspire á vuestro padre el deseo de instalarse de una vez en Grosbois; que le sostenga en las ideas que ahora le dominan, y que le dé fuerzas para ponerlas en práctica.

Cuando el marqués y Bonbonne llegaron al gabinete, dijo aquél á éste:

— Vamos, mi buen Bonbonne, trabajemos, trabajemos. Y trasteaba con ardor febril todos los papeles, tratando de clasificarlos ó de conocerlos.

— Bien, bien, decía el viejo: supuesto que estamos en tan buen camino, querido señor mío, no andemos tan

aprisa : ya sabéis que muchas veces se pierde el tiempo si se corre demasiado.

— El tiempo es corto, Bonbonne ; te digo que el tiempo es corto.

— ¡ Vamos, pues !

— Te digo que aquel á quien Dios envía este gozo de prepararse para el último viaje, jamás podría trabajar con bastante apresuramiento. Pronto, Bonbonne, trabajemos.

— De este modo y con esta prisa y calor, caballero, conseguiréis tener una pleuresia ó una congestión, ó una fuerte calentura, y de esa manera conseguiréis también haber hecho el testamento en el momento más crítico y más á propósito.

— Nada de tardanzas. ¿ Dónde está el haber ?

— Aquí.

— ¿ Y el debe ?

— Aquí.

— ¡ Un millón y seiscientas mil libras de déficit !

— ¡ Cáspita !

— Con dos años de economía se cubre ese hueco.

— No tengo dos años á mi disposición para poder economizar.

— ¡ Oh ! me volvéis loco ! pues si tenéis una salud robustísima.

— ¿ No me has dicho que el notario tiene redactado un proyecto de testamento muy bien meditado, en el que se asegura á mis hijos la totalidad de mis bienes para cuando lleguen á su mayor edad ?

— Sí, señor, siempre que abandonéis por seis años la cuarta parte de las rentas que producen las tierras solamente.

— Veamos ese proyecto.

— Aquí lo tenéis.

— No tengo muy clara la vista. ¿ Quieres leérmelo ?

Bonbonne se puso á leer los artículos, y el marqués

manifestaba de cuando en cuando su gran satisfacción.

— El proyecto es bueno, dijo así que se acabó su lectura ; y lo es tanto más cuanto que deja á Mad. de Chauvelin trescientas mil libras anuales, que es doble de lo que tiene ahora.

— ¿ Conque lo aprobáis ?

— De todo en todo.

— ¿ Puedo proceder á copiarlo ?

— Cópialo.

— Y luego será menester que lo hagáis válido poniéndole el reconocimiento con vuestra propia letra y firmándolo con vuestra firma.

— ¡ Hazlo pronto, Bonbonne ; hazlo pronto !

— En eso no sois razonable, señor. He gastado media hora solo en leerlo ; ¿ queréis que no gaste siquiera una en copiarlo ?

— ¡ Ah ! si supieses cuánta prisa tengo ! Mira, vémele dictando y yo lo iré escribiendo.

— Nada de eso, señor, nada de eso : tenéis ya los ojos muy cargados, y si seguís cinco minutos más tendréis calentura y jaqueca, y será peor.

— ¿ Y qué quieres que haga en esta hora que necesitas ?

— Pasearos, tomar el aire del campo con la señora marquesa, y yo, entre tanto, cortaré mis plumas, llenaré papel, y os respondo de que escribiré más de prisa que tres oficiales de escribano juntos.

El marqués obedeció, aunque no sin repugnancia ; pero sentía en sí una pesadez y agitación inexplicables.

— Tranquilizaos, le dijo Bonbonne ; ¿ teméis acaso que os falte después el tiempo suficiente para poder firmar ? Si os digo que basta con una hora ; ¡ qué diantre ! me parece, señor marqués, que bien podréis vivir todavía sesenta y un minutos.

— Tienes razón, contestó el marqués, y salió del cuarto.

Abajo le esperaba la marquesa.

Al verle más tranquilo y con la cara más alegre, le dijo :

— ¿Qué tal ? ¿ habéis trabajado mucho ?

— ¡ Oh ! marquesa, sí ; he trabajado de tal modo que pienso que tanto vos como nuestros hijos quedaréis satisfechos.

— ¡ Tanto mejor ! dadme el brazo ; vamos á dar un paseo ; los invernáculos están abiertos : ¿ queréis que les hagamos una visita ?

— Como gustéis, querida marquesa, como gustéis.

— Espero que dormiréis muy bien después de este paseo. ¡ Si supierais con qué placer han hecho la cama grande los camareros !

— Marquesa, dormiré como hace diez años seguramente que no duermo : me estremezco de gozo tan sólo con pensarlo.

¿ Conque, según eso, pensáis que no os fastidiaréis mucho en nuestra compañía ?

— Ni lo más mínimo, marquesa.

— ¿ Y que os acostumbraréis á nuestros campesinos ?

— Sí ; sin ninguna dificultad ; y si el rey, á quien siento haber tratado esta mañana con alguna aspereza, no vuelve á acordarse de mí, hará muy bien.

— ¿ El rey ? ¡ ah ! señor, dijo con ternura la marquesa, acabáis de suspirar al hablar de S. M.

— Amo al rey, marquesa ; pero estad segura de.....

No acabó la frase : el ruido de un latigazo y de las campanillas de un caballo le cortó la palabra.

— ¿ Qué es eso ? dijo.

— Un correo, á quien están abriendo la puerta de hierro, respondió la marquesa ; ¿ es vuestro quizás ?

— No ; no es mío.

— Pues entonces.....

— Un correo á quien saluda todo el mundo, y á quien se deja entrar en el patio, no puede venir sino de parte.....

— ¡ De parte del rey ! murmuró la marquesa poniéndose pálida.

— ¡ De parte del rey ! gritó el correo en alta voz.

— ¡ El rey !

— Y Mr. de Chavelin echó á correr hacia el correo, quien había entregado ya una carta al mayordomo.

— ¡ Una carta del rey ! ¡ ay de mí ! dijo la marquesa al padre Delar, á quien había traído como á todos los demás el ruido del látigo y de los cascabelés.

El marqués ofreció vino al correo en un vaso de plata, honor que justificaba el respeto con que todo noble miraba al monarca aun cuando estuviese representado por un criado ; abrió aquella carta, y leyó lo que sigue, escrito por la mano del rey :

« Amigo mío : Aun no hace veinte y cuatro horas que os marchasteis y ya se me figura que hace muchos meses que no os veo. Los amigos antiguos no deben de estar nunca separados : ¿ quién sabe si tendrán tiempo para volverse á reunir ? Estoy tan triste como si me hallase á la muerte. Necesito de vos ; venid y no me privéis de un amigo, so pretexto de querer tomar la defensa de mi corona. Vuestra ausencia es, al contrario, el ataque mayor que se le puede dar, y mientras que la sostengáis con vuestra presencia, creeré que la tengo más segura que nunca. Si mañana os encuentro á la hora de levantarme, será el presagio para mí de un día venturoso. Vuestro afectísimo,

LUIS. »

— El rey vuelve á llamarme, exclamó Chauvelin conmovido. Es forzoso que me vaya al instante : no puede vivir sin mí. ¡ Que enganchen !

— ¡ Oh ! replicó la marquesa ; ¡ tan pronto ! ¡ Después de tantas promesas tan agradables !

— Pronto recibiréis cartas mías, señora.

— Señor marqués, ya he concluido la copia, exclamó Bonbonne desde lejos, apresurándose á venir.

— ¡ Bien ! ¡ bien !

— No hay más que hacer que leerla y firmar.

— No tengo tiempo ; otro día lo haré.

— ¡ Otro día ! Acordaos de que me dijisteis que ibais á hacerlo en seguida.

— Ya lo sé, ya lo sé.

— En un momento se hace.

— El rey no puede esperar.

— ¿ Pero os olvidáis de vuestros hijos ? ¿ No os acordáis de la suerte de vuestra familia ?

— De nada me olvido, Bonbonne ; pero debo marchar y marchar. Mis hijos, el porvenir de mi familia, ¡ ah ! cree, Bonbonne, que todo eso está ya asegurado.

— Firmad ; no tenéis que hacer más que echar una firma.

— Mira, antiguo amigo mío, dijo el marqués radiante de alegría ; estoy tan decidido á poner esos asuntos en regla, que hasta te juro que si me muero sin haber firmado, volveré del otro mundo, y ya ves si está lejos, expresamente para echar una firma.

Y abrazando apresuradamente á sus hijos y á su mujer, sin acordarse más que del rey y de la corte, se arrojó, rejuvenecido lo menos en veinte años, dentro de su carroza, que lo llevó en seguida á París.

La marquesa, y toda aquella multitud tan alegre pocos momentos antes, se quedaron sombríos, abandonados y mudos de desesperación junto á la puerta de hierro.

IX

Venus y Psiquis

El día después de aquel en que Luis XV había mandado el correo á Grosbois, la primera palabra que pronunció fué el nombre de Mr. de Chauvelin, y su primera mirada fué para ver si el marqués se hallaba presente.

El marqués había llegado durante la noche y se hallaba delante en aquel momento.

— Me alegro mucho, marqués ; me alegro de veros ahí ; ¡ oh ! ¡ cuán larga ha sido vuestra ausencia !

— ¡ Señor ! es la primera y será la última ; en adelante, si me separo de vos, será para siempre... El rey es sin duda bondadoso en demasia, supuesto que le ha parecido larga mi ausencia, no habiendo durado más que veinte y cuatro horas.

— Amigo mío, ¿ pensáis qué ?... Vamos, sin duda esa maldita predicción, me ha trastornado la cabeza. Ello es que al ver que no estabais en vuestro sitio de siempre, se me figuró que os habíais muerto, y muerto vos, ¿ ya comprendéis ?.....

— Perfectamente, señor.

— Pero no hablemos ya de eso, supuesto que estáis aquí, que es lo esencial. Verdad es que la condesa nos guarda algún rencor ; á vos por haberle dicho lo que le habéis dicho, y á mí por haberos vuelto á llamar á pesar de semejante ultraje ; pero no tengáis cuidado, que el tiempo lo arregla todo, y mucho más si el rey ayuda al tiempo.

— Gracias, señor.

— Vamos á ver; ¿qué habéis hecho durante vuestro destierro?

— Señor, haceos cargo de que he estado á punto de convertirme.

— Comprendo: empezáis por arrepentiros de haber contado los siete pecados capitales.

— ¡Oh! si yo no hubiera hecho más que contarlos.....

— Mi primo Conti me hablaba ayer de ellos, con tanto entusiasmo.....

— Señor, entonces era yo joven y me parecían fáciles las improvisaciones. Hallábame en la Isla de Adán, solo y con siete mujeres encantadoras: el señor principe de Conti se iba á cazar; yo me quedaba en el palacio, y les hice... versos. ¡Ah! ¡qué hermosos, qué magníficos eran aquellos tiempos!

— Marqués, ¿pensáis que soy yo vuestro confesor? ¿Es ese vuestro arrepentimiento?

— Mi confesor, ¡ah! si: V. M. tiene razón: precisamente había yo citado para hoy por la mañana á un monje camaldulense de Grosbois.

— ¡Oh! ¡pobre hombre! ¡qué buena ocasión ha perdido de instruirse! ¿Se lo hubierais dicho todo, Chauvelin?

— Todo absolutamente, señor.

— Pues entonces la sesión hubiera sido muy larga.

— ¡Oh Dios mío! Además de mis pecados, tengo, señor, tantos pecados ajenos sobre mi conciencia, tengo tantos.....

— Míos, ¿no es verdad? pero os dispenso de confesar esos pecados: nadie confiesa más que los suyos.

— Sin embargo, señor: el pecado es horrorosamente epidémico en la corte. No he hecho más que llegar y ya se me ha hablado de una aventura muy rara.

— ¿Una aventura, Chauvelin? ¿y por cuenta de quién corre esa aventura?

— ¿Por cuenta de quién corren las buenas aventuras, señor?

— ¡Pardiez! por la mía.

— Ó por la de.....

— Ó por la de la condesa Dubarry, ¿no es esto?

— Lo habéis adivinado, señor.

— ¡Pues qué! ¿La condesa Dubarry ha pecado?.....

¡Cáspita! contadme, contadme eso, Chauvelin.

— No digo precisamente que la aventura sea en si misma un pecado; digo si que me he acordado de ella con motivo de estar hablando ahora sobre el pecado.

— Vamos á ver, marqués, ¿qué aventura en esa? contádmela inmediatamente.

— ¿Inmediatamente, señor?

— Sí: ya sabéis que á los reyes no les gusta esperar.

— ¡Qué diantre! señor, esto es cosa grave.

— ¡Bah! Habrá tenido quizás alguna disputa con mi nuera.

— Señor, no digo que no.

— ¡Ah! la condesa acabará por ponerse de malas con la delfina y entonces, á fe mía.....

— Señor, creo que eso está ya hecho completamente.

— ¿Con la delfina?

— No; pero si con otra de vuestras nueras.

— ¿Con la condesa de Provenza?

— Justamente.

— ¡Bueno! ¡En buen lío me he metido! Vamos á ver, Chauvelin.....

— ¡Señor!

— ¿Es la condesa de Provenza quien se queja?

— Dicen que si.

— Pues entonces el conde de Provenza va á hacer unos versos infames contra esa pobre condesa: no tiene más remedio que estarse á buenas: va á recibir una soba de lo lindo.

— Será un toma y daca.

— ¿Cómo?

— Sabed que Mad. de Rozen.....

— ¿Esa morena preciosísima, amiga de la condesa de Provenza?

— Sí, á quien ha mirado mucho V. M. de un mes á esta parte.

— ¡ Oh ! bien me lo han murmurado en cierto sitio, marqués. ¿ Y qué ?

— ¿ Quien os lo ha murmurado, señor ?

— ¡ Pardiez ! la condesa.

— ¿ Conque la condesa os lo ha murmurado ? Pues bien ; ha hecho algo más que murmurar.

— Explicaos, marqués, porque me espantáis.

— Espantaos, señor ; no trato de impedirlo.

— ¿ Conque es cosa grave ?

— Muy grave.

— Hablad.

— Parece que.....

— ¿ Qué ?

— Mirad, señor, es cosa mucho más difícil de explicar que de hacer.

— Me asustáis verdaderamente, marqués. Hasta ahora he estado creyendo que hablabais de broma ; pero si el asunto es grave realmente, hablemos con formalidad.

En aquel momento entró el duque de Richelieu.

— Hay novedades, señor, dijo con una sonrisa graciosa é inquieta á la vez ; graciosa porque deseaba agradecer al monarca ; inquieta porque deseaba combatir el auge de aquel favorito, llamado á Versailles al día siguiente de ser desterrado.

— ¿ Novedades ? ¿ de dónde vienen esas novedades, mi querido duque ? preguntó el rey.

Éste miró á su alrededor y vió que el marqués de Chauvelin se reía á hurtadillas.

— ¡ Te ríes, insensible ! le dijo.

— Señor, la tempestad va á estallar : lo conozco en el triste aspecto de Mr. de Richelieu.

— Os engañáis, marqués ; he anunciado novedades, es verdad ; pero no me encargo de decírlas.

— Y entonces, ¿ cómo lograré yo saberlo ?

— Un paje de Mad. de Provenza está en vuestra antecámara con una carta de su señora : espera las órdenes de V. M.

— ¡ Oh ! ; oh ! dijo el rey, que no hubiera sentido que todo recayera sobre Mr. ó Mad. de Provenza, á quien no miraba con buenos ojos ; ¿ desde cuándo los hijos ó las mujeres de los hijos de Francia escriben al rey en vez de presentarse en su cámara ?

— Señor, probablemente vendrá la carta á dar á V. M. la razón de esa falta de la etiqueta.

— Duque, recibid la carta y dádmela.

El duque se inclinó, salió y volvió al instante con la carta en la mano.

Luego, entregándola al rey, le dijo :

— Señor, no olvidéis que soy amigo de Mad. Dubarry, y que me constituyo de antemano en abogado suyo.

El rey miró á Richelieu, abrió la carta y frunció manifestamente las cejas recorriendo los pormenores que contenía.

— ¡ Oh ! murmuró, lo que es por ahora el asunto es de mucha gravedad, y os habéis encargado de una causa muy mala, duque. Sin duda está loca Mad. Dubarry.

Y en seguida volviéndose á sus oficiales, añadió :

→ Que vayan de mi parte en este momento á casa de Mad. de Rozen, que pregunten por ella y que le digan que la recibiré inmediatamente después de esta recepción y antes de ir á misa. ¡ Pobre marquesa !

Miráronse todos unos á otros : ¿ aparecía algún astro nuevo en el horizonte del favor ?

Nada más fácil en verdad. La marquesa era una mujer joven y linda. Un año antes había sido nombrada dama para acompañar á Mad. de Provenza, había estado muy unida con la favorita, y se hallaba en todos sus pormenores, frecuentando su casa, en donde el rey la había visto muchas veces. Pero le hizo tales observaciones la princesa, que se hallaba resentida de aquella intimidad, que cesó de repente en sus relaciones, cosa que había incomodado mucho á Mad. Dubarry.

Esto es todo lo que sabía la corte.

Aquella carta, cuyo contenido ignoraba todo el mundo, había causado gran efecto en el rey; estuvo preocupado durante todo el tiempo que duró el acto; apenas dirigió la palabra á una que otra persona; apresuró los trámites de la etiqueta y despidió á los presentes más temprano de lo que solía, después de haber encargado á Mr. de Chauvelin que no se alejase.

Terminada la ceremonia que hay al levantarse el rey, salió todo el mundo, y habiéndosele dicho que Mad. de Rozen estaba esperando, dió orden de que la introdujesen.

Mad. de Rozen entró del modo más patético; estaba deshecha en lágrimas y se echó á los pies del rey.

El rey la levantó.

— Perdonadme, señor, dijo ella; perdonadme por haberme valido de una augusta influencia para llegar á presencia de V. M., pues estaba en verdad tan desesperada...

— Os perdono con toda mi alma, señora, y agradezco á mi nieto el que os haya abierto una puerta, que desde este momento quedará siempre abierta para vos. Pero vamos al hecho... al asunto principal.

La marquesa bajó los ojos.

— Poco tiempo tengo disponible, continuó el rey; me

esperan para ir á misa. ¿Es verdad lo que me han escrito? ¿La condesa se habrá tomado la libertad de?...

— ¡Oh! señor, ya me veis ruborizada de vergüenza. Vengo á pedir justicia al rey. Jamás se ha tratado de este modo á señoras de calidad.

— ¡Cómo! ¿de veras? preguntó el rey riéndose á su pesar, ¿os han tratado como á un niño desobediente, en toda la extensión de la palabra?

— Sí, señor; tratada así por cuatro camareras, en su presencia, en su mismo gabinete, respondió la pobre señora bajando los ojos.

— ¡Cáspita! replicó el rey, en quien esta respuesta hizo nacer una multitud de ideas; la condesa no ha publicado ese proyecto.

Y luego con los ojos del sátiro añadió:

— ¿Y cómo ha pasado eso? decídmelo, marquesa.

— Señor, continuó la pobre mujer, cada vez más avergonzada, me convidó á almorzar y me excusé diciéndole la poca libertad de que disfruto, y mi obligación que me llama á las ocho de la mañana á la habitación de S. A. R.; me respondió que fuera á las siete, asegurándome que no me detendría mucho tiempo, y en efecto, señor, sali á la media hora.

— Tranquilizaos, señora; tendré mis explicaciones con la condesa, y se administrará justicia; pero, por vuestro propio interés, os encargo que no arméis mucho ruido con esa aventura, y sobre todo, que no digáis nada á vuestro marido. Los maridos son muy impertinentes cuando tratan de esas materias.

— ¡Oh! el rey calculará que por mi parte sabré callarme; pero mi enemiga, la condesa, estoy segura que se habrá jactado delante de sus amigas de lo que acaba de hacer, y mañana lo sabrá toda la corte... ¡Oh! Dios mío, Dios mío! ¡qué desgraciada soy!

Y la marquesa ocultó la cabeza entre las manos con

gran riesgo de extender su colorete reblandecido con las lágrimas.

— Tranquilizaos, marquesa, repitió el rey; la corte no puede tener un juguete más lindo que vos; y si se habla de ese punto, será por envidia, como en otro tiempo se habló en el Olimpo de esa misma aventura ocurrida á Psiquis. Sé de muchos engolillados que no se consolarían tan fácilmente como podéis consolaros: vos, marquesa, nada podiais perder allí.

La marquesa hizo una reverencia, y se hubiera puesto más encendida, á haber sido posible.

El rey miraba aquel rubor y devoraba aquellas lágrimas.

— Vamos, le dijo, volved á vuestra casa; enjugad vuestros lindos ojos: esta noche, durante el juego, arreglaremos todo eso: yo os lo prometo.

Y con la galantería y excelentes modales especiales á su raza, acompañó á la joven hasta la puerta, donde tuvo ésta que atravesar por medio de una multitud de cortesanos admirados y curiosos á más no poder.

El duque de Ayen, capitán de los guardias de corps de servicio, se acercó al rey, y se inclinó ante él en silencio para esperar sus órdenes: éste le dijo:

— Á misa, duque de Ayen, á misa, pues ya he acabado mi oficio de confesor.

— Señor, una penitente tan linda no habrá cometido sino muy lindos pecados.

— ¡Ay! ¡infeliz joven! no son pecados propios los que expía, prosiguió el rey, avanzando por el largo corredor para llegar á la capilla.

El duque de Ayen lo acompañaba marchando un paso más atrás, bastante cerca para oírle y entenderle; pero sin ponerse en la misma línea, para observar de este modo la etiqueta.

— Sería gustoso el ser cómplice suyo, aunque fuese

en un crimen: por supuesto, crimen amoroso, señor.

— Su pecado no es suyo; es de la condesa.

— ¡Oh! pues esos los sabe todos el rey.

— Sin duda calumnian á la condesa, que es buena de suyo. Tiene algo de extravagante y de loca, como en la ocasión de que se trata, por lo cual la refiré; pero tiene un corazón excelente: aun cuando me hablen mal de ella, no lo he de creer. ¡Voto va! bien sé que no soy su primer amante, y que en ella he sucedido á Radix de Sainte-Foy.

— ¡Si, señor! repuso el duque con su acostumbrada malicia expresada siempre con las más exquisitas formas; como V. M. es sucesor de Faramond.

El rey á pesar de su mucho espíritu no tenía fuerzas para luchar con tan rudo justador, sin incomodarse: conoció que esto sería ridículo, y fingiendo que no lo había entendido, dirigió la palabra á un caballero de San Luis, que se encontró al paso. Luis XV era bondadoso y tratable; permitía muchas cosas á sus familiares y, con tal que lo divirtieran, estaba contento. El duque de Ayen, especialmente, podía decirle y contarle cuanto se le ocurriese. Mad. Dubarry, á pesar de su gran poder, no había pensado jamás en impedirlo; pues su nombre, posición y talento eran desde luego inatacables.

El rey padeció algunas distracciones durante la misa: pensaba en la tempestad que produciría la nueva fecha de Mad. Dubarry, si llegaba á oídos del señor delfín, quien había reñido el día anterior con la condesa porque, á pesar suyo, había hecho que el vizconde Dubarry, su sobrino, obtuviese en su casa la plaza de caballerizo.

— Que no se acerque á mí, había dicho el príncipe, ó de lo contrario, haré que mis criados lo echen.

Tales disposiciones de ánimo no indicaban ciertamente que hubiese indulgencia para la burla grosera que la

condesa se había atrevido á hacer. Luis XV salió pues de la capilla bastante disgustado, y antes de ir al consejo pasó á casa de la delfina. Se la encontró maravillosamente ataviada y adornada con un diamante admirablemente montado.

— Tenéis, señora, una joya magnífica, dijo el rey.

— ¿Eso os parece, señor? ¿Y cómo es que V. M. no la conoce?

— ¿Yo?

— Sin duda, supuesto que V. M. ha dado la orden de que me la traigan á casa.

— No sé lo que queréis decir.

— Y sin embargo, es un hecho muy fácil de aclararse. Ayer llegó un joyero al palacio de Versalles con esta joya flordelisada y adornada con la corona de Francia, joya enviada por V. M. Habiéndonos Dios arrebatado la vida de la reina, ha creído que era yo únicamente la que tenía el derecho de usar tales adornos, y me la ha traído sin duda por deseo y orden vuestra.

El rey se ruborizó y no respondió; pero dijo para sus adentros:

— Tampoco es esto de muy buen agüero. ¿Qué necesidad tenía la condesa de darme tan mal rato con sus locuras? — Y luego prosiguió en voz alta: ¿Vendréis esta noche al juego, señora?

— Si V. M. me lo manda.

— ¿Mandároslo, hija mía? Os lo suplico: me daréis gusto en ello.

La señora delfina hizo una inclinación de cabeza con mucha frialdad. El rey vió que no conseguiría desarrugar su ceño; pretextó que tenía que asistir á consejo y salió.

— Mis hijos no me aman, le dijo entonces al duque de Ayen, que no se había separado de su lado.

— El rey se equivoca. Puedo asegurar á V. M. que sus

augustos hijos le aman, cuando menos, tanto como V. M. á ellos.

Luis XV comprendió el epigrama y no lo dió á entender; así lo tenía resuelto de antemano. En caso contrario, hubiera sido forzoso desterrar al duque de Ayen diez veces al día, y el rey, habiendo pasado tan mal rato con la ausencia de Chauvelin, comprendía entonces mejor que nunca cuán indispensable le era el tener á su lado á sus cortesanos favoritos.

— ¡Bah! decía, por más que gruñan no conseguirán nada. Esto durará mientras viva yo, y luego mi sucesor saldrá del paso como pueda.

Extraña indiferencia cuyos efectos había de sufrir tan fatalmente el desdichado Luis XVI.

X

El juego del rey

Al entrar el rey en casa de la condesa, á quien pensaba echar una reprensión, se encontró con que ésta tenía la cara de muy mal humor y que detrás de aquellas facciones gruñía un coraje sordo y pronto á estallar.

Luis XV era débil y temía las riñas, viniesen de sus hijas, de sus nietos, de sus nueras, ó de su querida, y sin embargo, se exponía incesantemente á tenerlas, como todo hombre colocado entre su querida y su familia.

Aquel día quiso impedir la lucha que se preparaba, valiéndose de un auxiliar.

Así es que después de haber echado á la condesa una ojeada que le había bastado para consultar el barómetro